

SERMON

DE SAN JOSÉ.

(DE GONZALEZ.)

Joseph autem vir ejus cum esset justus...

Y José su esposo como era justo....

S. Mateo, c. 1. v. 19.

En estas solas palabras compendia la iglesia nuestra madre el elogio del glorioso santo que nos propone hoy esta congregacion por objeto de nuestro culto. Estas solas palabras nos dicen los sagrados evangelistas, y apenas podemos asegurar sin temeridad otra cosa en alabanza del esclarecido patriarca san José. Pero, qué fundamento mas sólido pudiera hallarse para formar su panegírico? Era esposo de María: *vir ejus*; era verdaderamente justo: *cum esset justus*. Inútil seria poner en una especie de tortura mi débil ingenio para buscar alabanzas mas justas, títulos mas gloriosos, encomios mas expresivos; aunque se hallaran fuera del Evangelio noticias seguras y circunstanciadas de su vida, todas ellas no serian capaces de engrandecerle mas, y de darnos una idea mas sublime de sus glorias. Esposo de María! hombre justo! yo no acierto á separar mi imaginacion de esta doble idea; y solo en ella he de fundar mi oracion, dirigida exclusivamente á fomentar su veneracion y culto.

Si no estuviera declarado por la iglesia y corroborado con la práctica de todos los siglos, que sin el menor peligro de incurrir en el vicio de la idolatría podemos invocar y venerar á los santos, me detendria con mucho gusto á hacer una explicacion de la diferencia que hay entre el culto que damos á estos hombres felices y la veneracion que damos á Dios. En este reconocemos el principio y el último fin de cuanto hay y puede haber

en nosotros; en aquellos solo reconocemos unos amigos especialmente favorecidos del Señor: pedimos á Dios como al único autor, distribuidor y árbitro de todos los bienes; á los santos como á unos intercesores que por los méritos de Jesucristo pueden moverle con mas facilidad á que derrame sobre nosotros los tesoros de su beneficencia: en una palabra, adoramos á Dios por la infinita majestad y excelencia que le compete por su misma naturaleza; y honramos á los santos por la dignidad que han recibido de Dios, pero dirigiendo siempre á este Señor como á fin último los honores que á aquellos tributamos.

Esta clase de culto es la que debemos, pero de un modo particularísimo, al glorioso san José por ser verdadero esposo de María y verdadero justo. No es posible que deje de agradar en gran manera al Señor el honor que los cristianos tributamos al digno esposo de su amantísima madre; ántes bien mirará cualquiera falta en este obsequio como un desprecio de su majestad. Para poder evitarlas dadnos á conocer, Señor, la nobleza, dignidad y justicia del héroe destinado en los consejos de vuestra sabiduría para tan sublime destino. Así os lo pedimos por conducto de su castísima esposa: *Ave Maria*.

El obsequio que tributamos á las personas que no le merecen, no es un verdadero honor, y sí una vil adulacion. El honor supone en el sujeto á quien se hace, la dignidad y excelencia que le atraen la sumision y respeto de los otros; pues no es otra cosa el honor que el reconocimiento y protestacion de las cualidades excelentes de la persona honrada. Esto es precisamente lo que en todos tiempos ha procurado la iglesia en la veneracion y culto de los santos, y cuanto es mayor su excelencia, tanto son mas fundados y razonables los cultos. El héroe que hoy veneramos es el esposo de la mas noble, de la mas gloriosa, de la mas privilegiada de todas las criaturas, de María madre de Dios. ¿Hay por ventura en la tierra noticia de que alguna entre ellas haya sido elevada á igual honor, á semejante nobleza? La verdad eterna le llama justo, y atribuye á su justicia una conducta verdaderamente admirable. Habrá quien pueda contraer ó gloriarse de haber contraido un mérito mas relevante ó mejor fundado?

Yo me guardaré muy bien de comparar la virtud y grandeza

de José con las de los otros santos que reinan con Jesucristo, para deprimir los méritos de estos y ensalzar los de aquel; pero si se nos permite discurrir en el particular conforme á las razones de que al efecto se valen con frecuencia los teólogos, mucho podremos decir para establecer y consolidar el culto religioso de José que no sería fácil aplicar á otros santos. Si tanto es una cosa mas noble y excelente cuanto mas se aproxima al origen de la nobleza y excelencia; si el orden de la Providencia exige tan imperiosamente que se confieran á cada uno las cualidades proporcionadas al ministerio á que se le ha destinado; si aun el cruel é infame madero en que fué sacrificado el Hombre Dios es adorado con tan profundo respeto en todo el cristianismo, y las vestiduras que tocaron de cerca el cuerpo de los santos se conservan como un depósito inapreciable, y se veneran con el mayor entusiasmo y solemnidad; siendo esto así, ¿cuál de los obsequios autorizados para venerar á los que la iglesia reconoce por santos parecerá excesivo y desproporcionado para nuestro patriarca? ¿Quién despues de su esposa virgen ha podido aproximarse como él á la divina fuente de la perfeccion y de la gloria? ¿quién ha sido elegido para un ministerio tan elevado? ¿quién ha tocado mas de cerca al Unigénito de Dios? No puede dudarse; así como entre los hombres y los ángeles solo Jesucristo goza el privilegio de tener á Dios por padre, así despues de María solo José ha tenido el honor de poder llamar hijo al mismo Dios.

No quisiera inspiraros ideas que con razon os chocaran por su novedad ó por oponerse á las verdades de nuestra fe. Bien sé y vosotros sabeis igualmente que José no ha sido el verdadero padre de Jesus, y que la bendita humanidad del Salvador fué obra del Espíritu santo; pero siendo en propiedad el esposo de María, ejerció con él todos los oficios de padre verdadero, y todos le reputaban por tal. Su esposa, los judíos, el Evangelio le dan repetidas veces este glorioso nombre, y el mismo Hijo de Dios no se desdeña de ser tenido por hijo suyo. José, sabedor ya de los consejos de la divina misericordia, considera al Redentor como á su hijo; le cede gustosísimo aquella primera morada, aquel primer alimento de que solo á él hacian dueño todas las leyes; le cede los cuidados, el amor y la sustancia de María que le pertenecen por un inviolable derecho. Él solo se opone á la furia del celoso Heródes, y á costa de un trabajo

improbo, de suma vigilancia y de penosas peregrinaciones conserva su inocente vida. Él solo le proporciona con el sudor de su rostro el alimento y el vestido. Él desempeña con la mayor fidelidad el ministerio difícil que le ha encargado la Providencia, cuidando con todo esmero de la vida natural, civil y religiosa de su divino Mesías. Él sustituye, digámoslo así, al mismo Espíritu santo haciendo lo que este hubiera hecho si fuera corpórea y sensible su naturaleza.

Puede decirse mas? se ha visto jamas honrado con un destino tan noble alguno de los reyes, de los patriarcas, de los profetas, de los mismos ángeles? Y este Dios omnipotente que así le ha engrandecido ¿no se gloriará viendo que los mortales aclaman y veneran al que él mismo quiere que sea tan singularmente honrado? ¿Quién sino él, á vista de los solemnes cultos que le tributa toda la cristiandad, inspira á los ministros del Evangelio las expresiones que Faraon, Baltasar y Asuero hicieron publicar á voz de pregon para honrar al casto José, al inocente Daniel y al afligido Mardoqueo? ¿No resuenan en vuestro interior las aclamaciones con que la iglesia os dice al presente por medio de esta religiosa confraternidad: « así deben ser honrados los héroes que el rey soberano de los reyes determina elevar á la cumbre del honor? » Ah! el rey de Egipto, justamente reconocido á los inmensos beneficios que el Señor habia dispensado á su pueblo por el ministerio del antiguo José, quiere atraerle los respetos y adoraciones de todos sus vasallos; y al efecto se desprende, por decirlo así, de toda su autoridad, y la deposita entera en manos de aquel patriarca diciéndoles, *ite ad Joseph*; pero con cuánta mas verdad, con cuánto mayor fundamento puede decirlo Jesucristo viendo las inapreciables gracias con que ha enriquecido la Providencia al pueblo cristiano por el ministerio del nuevo José? En todas las tribulaciones y necesidades paréceme que nos dice, *ite ad Joseph*: dirigíos á José: él es el administrador, el dispensador de todas las gracias; él es el distribuidor de todos los beneficios; en sus manos están depositados todos los tesoros de la fortuna, todos los bienes de la naturaleza, todas las riquezas de la gracia: *ite ad Joseph*: dirigíos á José: el Señor le ha concedido todo su valimiento; le ha constituido dueño absoluto de su misma casa, único gobernador de todo su imperio: *ite ad Joseph*: dirigíos á José.....

Si el amor de Sara obligó al rey de Gerara á colmar de riquezas al patriarca Abraham; si el de Ester exigió del rey Asuero tantos honores y privilegios para Mardoqueo; ¿qué gracias y dones no se habrán dispensado por el emperador de los cielos al esposo tan amado de María? No, no exajeran san Bernardino de Sena y santa Teresa de Jesus cuando aseguran que jamas fueron estériles é infructuosas las oraciones dirigidas por conducto de este esclarecido patriarca. Su poder y beneficencia no deben tener límites: su valimiento para con el Señor es extraordinario, singularísimo. El Dios omnipotente que cuando vivió en el mundo quiso estar siempre sometido á su voluntad, ¿cómo dejará de obedecerle en el cielo á la mas leve insinuacion? Si con tanta liberalidad remunera la mas pequeña obra de misericordia ejercida en la tierra con el menor de sus amigos, ¿qué galardón, qué gloria disfrutará el que por todo el discurso de su vida ha ejercido con su misma persona tantas misericordias y piedades? En ninguno se ha verificado ni verificará jamas con tanta propiedad como en José lo que el juez soberano dirá inundado de júbilo á todos los escogidos en el día de su entrada en la eternidad: ninguno como José ha acudido á socorrer las necesidades de todo género á que se quiso sujetar en esta vida el Hombre Dios, porque ninguno otro ha conseguido la gloria de ser esposo de María.

Seguramente, despues de María, el ministerio de José es el mas noble; su destino el mas elevado; su eleccion la mas gloriosa: pero esta eleccion no fué obra de una providencia ciega é impotente, sino de una sabiduría increada y de un poder infinito: no dirigió esta eleccion la pasión ó la ignorancia para retractar despues de un vergonzoso desengaño lo que no puede continuarse sin peligro, ni enmendarse sin rubor; la dirigió, sí, la ciencia, el poder y la justicia. Aquel Dios que de toda la eternidad tiene perfectísimamente conocidas aun las cualidades mas ocultas de los hombres; aquel Dios que para conseguir sin el menor obstáculo los fines de su adorable providencia elige siempre los medios mas eficaces y proporcionados; aquel Dios que dejaria de serlo si no cuidara de proveer á sus criaturas de todo cuanto conduce al cabal desempeño de los ministerios á que las destina; aquel mismo Dios eligió á José para esposo de María, y para que hiciese las veces de padre con el divino Jesus. ¿Y aun necesitaremos nuevos testimonios para

persuadirnos de su acendrada virtud y de su heroica justicia? necesitarémos que el Evangelio nos asegure que fué verdaderamente justo? Qué! ¿el santo por esencia se habria de conducir como esos hombres mundanos, que en la necesidad de proporcionar directores á sus hijos lo hacen sin el debido discernimiento; sin cuidarse de que estén adornados de probidad y de virtud, y de que sean aptos para imbuirles las máximas de religion y moralidad? Ah! cuántos sentimientos, cuántas infamias, cuántas ruinas evitarian los padres si encargaran la educacion de sus inocentes hijos á unos hombres cristianamente morigerados!

Nada sino el pecado creyó el Señor indigno de la criatura feliz que eligió para madre de su eterno Verbo; y para librarla de una mancha tan ignominiosa, alteró las leyes de su providencia, y la hizo nacer de una naturaleza enteramente viciada sin que contrajera el menor vicio. En este caso ¿cuál seria el hombre feliz que en los siglos eternos estaba destinado por este Dios para esposo de una madre virgen, y padre putativo de su Hijo unigénito? Nunca serán capaces de comprenderlo los hombres. Los ángeles tutelares de estos santos esposos que tan frecuentemente les asistian y anunciaban la voluntad del Altísimo, pudieran decirnos algo acerca de su justicia, de sus virtudes y de sus méritos.

O soberanas inteligencias! decidnos, sí, decidnos para nuestra instruccion, ¿qué fué lo que pudo determinar á María á dar á José la mano de esposa? ¿Se estrechó este vínculo, como desgraciadamente sucede todos los días, por miras de avaricia, de ambicion ó de lujuria? ¿Fué aquel matrimonio efecto de una pasión infame, de una necesidad criminal, de un orgulloso deseo de la independencia? No; semejantes matrimonios degenerando por lo comun en un semillero de discordias, de celos, de odios y de traiciones, tienen sumergido al mundo en un abismo de miserias; pero el de José estaba decretado por la eterna Sabiduría para restablecer la felicidad de los hombres por medio de la paz y de la justicia. María no busca en su esposo hermosura, riquezas, placeres, ni el aparente brillo de la grandeza humana; busca la sólida virtud, y esta es la que, sin duda alguna por inspiracion divina, hace que dé la preferencia á José entre todos los hombres del mundo. Dios quiere para su madre un esposo que cooperando á los fines misteriosos de la Providencia, sea un fidelísimo custodio de su inviolable pureza;

un testigo irrecusable de su maternidad divina; un esposo honrado, íntegro é incapaz de consentir ni disimular la mas leve traicion á su consorte; pero adornado de una circunspeccion y prudencia que le hagan acreedor á toda la confianza divina; un esposo en fin capaz de conciliar con la integridad mas completa de ambos el honor suyo y de su esposa; el verdadero honor de su estado y la maternidad de María.

El Evangelio, al referir la conducta de José cuando advirtió el misterioso preñado de su esposa vírgen, nos participa con una sabiduría propia de la Divinidad la justicia de que estaba dotado, como si quisiera darnos á entender mas claramente que necesitaba todo el heroísmo de la justicia para conducirse de aquel modo. Y á la verdad yo no veo que haya circunstancias mas críticas y delicadas que las en que se hallaba nuestro santo. No puede ya dudar del hecho; pero tampoco le es permitido suponer una infidelidad en su esposa. Qué hará pues? autorizará con una vil condescendencia el crimen que mas le deshonorá? Pero es un justo, y si bien puede disimular una injuria personal, no puede de modo alguno perdonar la que se hace á la ley, á la justicia y al mismo Dios. ¿Romperá escandalosamente, y con sus acres reconvenciones, por medio de una precipitada determinacion, con un inconsiderado divorcio hará notorio un infame delito, que aun cuando fuere cierto deberia quedar eternamente sepultado en la oscuridad del silencio? Pero es un justo y no puede persuadirse á que una virtud tan sólida como la de María sea capaz de sucumbir á semejante vileza; y aunque le constase evidentemente su debilidad, no se resolveria á publicarla, porque es un justo y sabe lo que debe al honor de una vírgen tan recomendable. Se presentará en los tribunales reclamando la ejecucion de las leyes? ¿consultará al ménos á sus amigos? Pero es un justo, y para no dar un solo paso arriesgado examina con madurez un asunto tan trascendental; consulta á su Dios en el retiro y la oracion, exponiéndole con la mas justa sinceridad sus recelos al lado de su confianza, sus temores con sus deseos, sus inquietudes y su amor; insta, obliga al Señor á que le envíe sus ángeles que le iluminen, que le instruyan en los misterios; que restablezcan á su corazon la tranquilidad y el reposo; que ahuyenten todas las sospechas y temores, y consoliden el amor á María como á verdadera madre del divino Salvador.

Siendo tal la justicia de José ántes de hacerle depositario de los arcanos de la Providencia en orden á su destino, ¿cuál os parece que seria despues de ser instruído á fondo en ellos? ¿despues de haberse familiarizado tan íntimamente con ese Dios humanado, fuente única é inagotable de toda la justicia? Si tan fervorosa fué la llama de caridad que se encendió en el corazon del amado discípulo por haber reclinado una sola vez su cabeza sobre el pecho amorosísimo del Salvador, ¿qué fuego no arderia en el alma de José, que como el padre mas cariñoso estrechó tantas veces junto á su seno al mismo Dios?

Pero, señores, no puedo ménos de confesar que me es absolutamente imposible hacer una exacta descripcion del heroísmo de su virtud. Digan cuanto quieran en su elogio todos los sabios; afirmen que fué, como su esposa, confirmado en la gracia del Señor; adelántense á asegurar.... pero el Evangelio que tanto recomienda su justicia ántes del nacimiento de Jesus, verificado este no vuelve á hacer mérito de su virtud, como si quisiera darnos á entender la dificultad ó imposibilidad que hay en declararla con palabras. Un Dios infinitamente santo le ha escogido entre los hombres de todos los siglos y naciones para esposo de María y tutor de Jesus; un Dios infinitamente santo le ha considerado como á padre; se ha sometido á su voluntad; ha obedecido ciegamente sus preceptos; qué mas puedo yo decir? Dejad correr libremente á vuestra imaginacion, y ved si podreis formar de su virtud alguna idea que no sea sumamente diminuta é inferior á sus merecimientos. ¿Qué elogios, qué aclamaciones, qué cultos de los que se permiten tributar á las criaturas inferiores á María serán proporcionados á su heroísmo y á su gloria? Ah! en la imposibilidad absoluta de comprender esta, admirad justamente su virtud, su poder y su excelencia: adorad sumisos al Señor en accion de gracias por haber ennoblecido tanto á vuestro protector, y no dudeis que recibirá con gusto vuestras adoraciones como un honor digno de aquel héroe á quien ha mirado como padre sobre la tierra. No vacileis en publicar á presencia de todo el universo que José es acreedor á nuestra veneracion: decid sin el menor recelo que José mereció desposarse con María por el heroísmo de su virtud; y que le elevó á él el matrimonio con esta vírgen purísima. Si la autoridad del Evangelio, de la iglesia y de los padres; si las razones fundadas en la piedad y en la justicia no acabaran de

convencer al resto de los hombres, acudid á la experiencia : preguntad á ese número extraordinario de templos y altares consagrados á Dios en honor de nuestro santo : preguntad á tantas congregaciones instituidas con el fin de perpetuar su memoria y merecer su proteccion : preguntad á los venerables prelados que con la dispensacion de sus gracias han procurado fomentar su culto : preguntad á tantas imágenes que en todas partes se presentan á nuestra vista : preguntad á todos los cristianos testigos del acrecentamiento que en nuestros dias ha tenido y tiene su devocion : preguntad por último á esta piadosa confraternidad que tanto se esmera en solemnizar sus festividades ; y todos unánimes os responderán usando el idioma de la verdad : « las virtudes de José fueron sublimes , extraordinarias , porque tambien lo fueron las gracias que se le dispensaron en proporcion del elevado ministerio de esposo de María en que le destinó la Providencia ; y si os aficionais á su devocion , una feliz experiencia os hará conocer que nunca puede ser estéril , ántes bien demasadamente copiosa de gracias y bendiciones para sus devotos.



SERMON

DEL PATROCINIO DE SAN JOSÉ.

(DE GONZÁLEZ.)

Erat subditus illis.

Y estaba sujeto á ellos.

S. Luc. c. 2. v. 51.

Qué muerte tan cruel hubieran experimentado en justo castigo de su crueldad los inhumanos hijos de Jacob, en aquella esterilidad horrible que afligió la tierra por espacio de siete años continuados, si aquel hermano inocente contra cuya libertad y vida tan injustamente habian conspirado, no se hubiera compadecido de su miseria socorriéndolos con tanta generosidad ! José, el casto José se halla gobernador, ó por mejor decir, dueño absoluto del Egipto, único país que por su direccion abundaba de viveres, cuando sus hermanos, los mismos que le habian vendido por esclavo, obligados de la mas dura necesidad, se le presentan sin conocerle ofreciéndole todos sus ganados, todos sus terrenos, todo cuanto poseian, y aun sus mismas personas en precio del sustento cuya falta les tenia colocados en la mayor afliccion. ¿Quién será capaz de imaginar lo que pasaba en su tierno corazon en aquella circunstancia ? ¿Quién podrá ponderar el amor con que olvida todas sus ofensas ; sienta á sus hermanos á su misma mesa ; les da graciosamente cuanto necesitan, y hace que se trasladen al Egipto colmándoles de riquezas, de comodidades y de bendiciones ?

Ó adorable Providencia ! quién es el insensato que no se resigna gustoso á tus incomprensibles decretos ? con cuánto ahinco procuras el remedio á los males que afligen á los hombres en esta vida ! Felices patriarcas ; vosotros sois sin duda objetos pri-